

number—but not that many more—are doing so today in 2015, but that number is not sufficient enough to account for all studies of disability in cultural texts and social contexts throughout the field. All of this is important if readers are to understand the unique, transgressive and transnational value of Minich's 2014 book—which arguably positions the Spanish and Portuguese Ph.D. from Stanford as the leading figure of disability approaches within the interdisciplinary area of Chicana/o Studies.

In its analyses that tie the mural, the play, the film and above all else the novel to webs of cultural production and socio-political struggles, *Accessible Citizenships* holds true to the sharp insights and methodological syntheses evident in Minich's earlier article. What is most important here is to give readers—instead of a break-down of the book's insightful studies of representational issues and they relate to Arturo Islas Jr., Cherríe Moraga, Felicia Luna Lemus, Alex Espinosa, Guillermo Arriaga, Tommy Lee Jones, Oscar Casares, Ana Castillo and Cecile Pineda—a sense of the book's throughline and its significance. A wonderful focal point for this necessarily brief journey appears on her p. 3, where the critic quotes Tobin Siebers—who also penned a promotional blurb for the book prior to his relatively recent passing—as saying art is “the active site designed to explore and expand the spectrum of humanity that we will accept among us.” This expansive view of art is not far from the view Minich takes of scholarship, such that one can say about her book what she herself says about the texts studied therein: “because these texts strive toward broader, more expansive, and more just conceptualizations of national belonging, they offer new ways to theorize both citizenship and the representation of disability” (3). The notion of “accessible

political communities” activated by Minich here clearly links “antiracist, feminist, and queer political struggles with struggles for disability rights” (4).

Citizenship is thus a notion that the book interrogates thoroughly, drawing on notions of flexible and cultural citizenship developed by Aihwa Ong and Renato Rosaldo in the Introduction, incorporating Siebers' work and expanding throughout with reference to a broad group of critics including perhaps most frequently Robert McRuer, Suzanne Bost, Paula M.L. Moya, José David Saldívar and Judith Butler. Minich weighs the “liberatory potential (and shortcomings) of queer cultural nationalisms” (95) in chapters one and two, and the friction generated by cultural nationalisms and state-sponsored nationalisms in chapters three and four. Chapter five “addresses efforts to imagine subjectivities not anchored to a nation” while “subjecting the concept of disability as identity itself to critical scrutiny” (155). Ultimately, the book's wide focus on “Greater Mexico”—the scholar's move to “expand, reinvent and critique a range of nationalisms” (4)—is, I think, incredibly useful as a point for extended consideration by language and literature fields that have long been, and in my view continue to be, nationalistic in their graduate training, peer-review structures, hiring practices and tenure/promotion processes.

In an age where the globalizing trend in Disability Studies (see special issues edited by Stuart Murray and Clare Barker and also by Mitchell and Snyder, both in *JLCDS*), might risk encouraging scholarship outside of Anglo contexts to essentialize how disability is experienced in a given location, I see the fact that Minich identifies “similar approaches to the representation of disability” (21) across diverse contexts as

truly significant. She hopes that we might “imagine new forms of political collectivity that are not bound by the nation” (196). Part of the hard work of political inclusion—whether activism, academic work, or some fusion of the two (remember Lennard J. Davis's statement that Disability Studies is a political project)—is to find a way of uniting the particular and the universal. Inhabiting this nuanced middle-ground in order to activate inclusive transnational communities is precisely what Minich's nimble prose does best.

Benjamin Fraser  
East Carolina University

---

*Epistolario de Pilar de Zubiaurre (1906-1970)*  
Tamesis, 2014  
Editado por Iker González-Allende

Para aprender que la correspondencia epistolar era “uno de los principales medios en el que se basaba el funcionamiento de la cultura en el primer tercio del siglo XX” (7) no hace falta leer este libro. Sí hace falta leerlo para aprender sobre, profundizar en el conocimiento de, una agitadora cultural, escritora a ratos, figura singular en la cultura española de principios del siglo XX y protagonista de páginas menos conocidas de la aventura del exilio. Pilar de Zubiaurre (Garai, Bizkaia, 1884 — Ciudad de México, 1970) mantuvo una intensa relación epistolar desde principios del siglo XX, que continuó con más ahínco durante su exilio en México, país en el que residió durante treinta años. El libro es un excelente testimonio de esta actividad. El papel que adoptó Zubiaurre antes de la guerra fue singular en la cultura de la época. Una de sus actividades fue organizar reuniones a

las que invitaba algunos de los principales artistas y figuras literarias españolas del momento. También tuvo un papel destacado en la fundación y desarrollo del Lyceum Club Femenino de Madrid, una asociación cultural de mujeres que presidió María de Maeztu (quien en una carta le ruega que reconsidere su decisión de dimitir).

En opinión de Francisco J. Díaz de Castro la publicación a lo largo de los años noventa de muchos epistolarios de un grupo de personajes relacionados con la llamada “generación del 27,” constituía la “autobiografía del 27.” Esta autobiografía se ha ido ampliando gracias a empresas como el “Proyecto Epistol@” impulsado por José García Velasco desde la Residencia de Estudiantes, un proyecto dirigido por José Carlos Mainer. También por una continuo goteo de contribuciones como la presente. Muy pronto algún estudioso tendrá que cuidar una antología generosa de estos epistolarios. Sería un proyecto semejante al que se hizo con la correspondencia de Marcel Proust. Los 21 volúmenes de la edición de Philip Kolb, se redujeron a un magnífico único volumen antológico al cuidado de Françoise Leriche, que incluye incluso cartas inéditas.

El volumen abre con una introducción, informativa y pertinente, acerca de la autora y con un bien construido resumen de opiniones críticas sobre la epistolaridad. La lectura de una carta nos hace tomar conciencia de las condiciones que apuntó Janet Gurkin Altman en su estudio *Epistolarity*: “To write a letter is to map one's coordinates—temporal, spatial, emotional, intellectual—in order to tell someone elsewhere is located at a particular time and how far one has travelled since the last writing. Reference points on that map are particular to the shared world of writer and addressee: underlying the epistolary dialogue are common memories and often common

experiences that take place between the letters" (119). En efecto, la carta es un asunto entre dos personas, lectores privados, y para ellos la carta tiene una finalidad muy clara: a través del diálogo epistolar se establece el "mapa" personal e intelectual, y el progreso entre la comunicación anterior y la presente. Es, para el gusto de los pragmatistas, un texto que corresponde a una situación comunicativa cambiante, en la cual domina el diálogo construido a partir de formas de monólogo, y que exige una determinada actitud por parte de quien lo escribe y lo lee, por lo menos en una primera lectura. Es una situación ciertamente especial. Claudio Guillén ha presentado la carta como un diálogo a medias: una parte de la conversación con un amigo ausente. La situación epistolar, por otra parte, tiene un carácter equívoco que Vincent Kaufman ha definido con exactitud: conduce a los límites con la escritura poética, intentando comunicar, pero sin lograrlo, escribiendo largas series de cartas que intentan vencer esa dificultad.

El editor de este volumen es un muy buen conocedor de la obra y vida de Pilar de Zubiaurre. Hace pocos años publicó una edición de textos públicos y privados de Pilar de Zubiaurre, *Evocaciones: Artículos y diario (1909-1958)*. Se trataba en aquella ocasión de publicar los artículos y diarios de Pilar de Zubiaurre escritos durante ese periodo fundamental de la cultura española republicana del siglo XX. Zubiaurre colaboró en la prensa, el periódico *Bizkaitarra* (1909-1910) y en *Euzko Deya: La voz de los vascos en México* (1944-1958), usando dos pseudónimos. Los diarios (1913-1943) son sumamente atractivos puesto que descubren a una autora en crisis, que cuestiona su condición de mujer que intenta ser artista y se enfrenta con un medio hostil.

El volumen incluye 188 cartas. Curiosamente solo 28 de las mismas están escritas por Zubiaurre (a su familia, a Elvira Valentí y a Zenobia Camprubí). El editor con razón apunta que este dato indica el "poco valor conferido a las cartas de personas sin una obra literaria reconocida." Este detalle, no menor, provoca además que leamos poco la voz epistolar de la autora, y tendemos a adivinarla en el eco de las respuestas de sus corresponsales. El epistolario se divide en tres apartados organizados cronológicamente: cartas de juventud, cartas escritas durante la Guerra Civil y cartas durante el exilio. En la primera sección se documenta desde dentro la variedad de la vida cultural española durante las décadas anteriores a la guerra, con numerosos testimonios de pintores y escritores, el círculo con el que se relacionaba Zubiaurre. La correspondencia sirve como "actividad social para afianzar lazos de amistad, pedir favores y relacionarse con intelectuales de la época." Es agente de sus hermanos artistas y mantiene relación con los principales artistas del momento. Así realiza notables esfuerzos para organizar exposiciones en el extranjero de la obra de sus hermanos. Entre líneas tenemos noticia acerca de los pintores españoles instalados en París. La segunda sección informa sobre los esfuerzos por parte de los intelectuales republicanos para difundir—con poco éxito—las razones de su defensa de la democracia y de la República durante la guerra civil, así como las dificultades de la vida cotidiana. La última sección es la más extensa y recoge cartas recibidas por Zubiaurre de otros exiliados o enviadas desde España por parte de familiares y amigos, e incluso cartas de intelectuales norteamericanos. Según el editor, estas cartas "realizan una función terapéutica para la autora." En la relación epistolar de Zubiaurre, destaca por la intensidad y extensión las cartas que recibió

de otras mujeres exiliadas como Zenobia Camprubí y María Martos de Baeza porque muestran la riqueza de una relación paralela entre las mujeres exiliadas, fundamental para mantener la memoria de la República y establecer nuevos vínculos con el exilio interior y el resto de exiliados en otros países de América. Una opinión del político Ángel Ossorio resume a la perfección la utilidad de la comunicación epistolar en el exilio: "Es gran consuelo en las horas de alejamiento, soledad y pesadumbre, advertir la comunicación de aquellas personas con quienes se estuvo compenetrado en días más felices."

González-Allende ha tomado decisiones arriesgadas. Una de ellas es el orden de presentación del epistolario. Ha optado por una división según criterios temáticos dentro de esos tres grandes apartados en los que divide el epistolario. Así las cartas de juventud (1906-1935) distinguen entre "cultura vasca," "cultura española" "arte y pintura," "amigas personales" y "familiares." Las de la Guerra Civil, "de amistades," "familiares"; y las del exilio, "desde el exilio," "desde España," "de amigos americanos" y "familiares." Se mezcla, pues, y no de manera equivalente, lo público y lo privado, o el lugar de procedencia de las misivas. Se pierde así la fascinación de poder reconstruir el día a día de las cartas escritas y recibidas, información decisiva para la imagen de una vida, de lo cotidiano. Se pueden detectar los ritmos de las conversaciones, las obsesiones, lo olvidado o abolido. Aunque tenemos que agradecer al editor que la cronología permite reconstruir—a lo *Rayuela*—la lectura en orden estrictamente cronológico. Se crea una lectura caleidoscópica, de otro orden, y al abundar las recibidas más que las escritas por Zubiaurre, se dibuja como un dibujo indirecto según la técnica del *frottage* de los intereses y amistades de ella y de su marido.

Muchísimas de estas cartas son emocionantes por lo bien que expresan la desventura del transterrado. María Martos (esposa de Ricardo Baeza) escribe desde Buenos Aires en marzo de 1940 una extensísima crónica de las dificultades de la instalación. Este intercambio es de una riqueza extraordinaria. En otra sección leemos las cartas de la misma corresponsal escritas desde Madrid, cartas plagadas de silencios, con la crónica de la actualidad literaria desde dentro: Pío Baroja personaje difícil, habladurías sobre las malas pasadas de JRJ y Zenobia contra Ricardo Baeza, el regreso de Bergamín ("se va recuperando de su prolongado exilio"). Ajena al ímpetu del régimen dictatorial, aunque critica la censura, la hipocresía religiosa, opina que los españoles exiliados deben regresar a su país y se admira de la buena opinión que los extranjeros residentes en Madrid tienen sobre la capital, la mejor de Europa. Le sorprende el crecimiento de Madrid, el aumento del turismo y la vida cultural. En contraste, una larga carta de María Luisa Argoiti de Angulo, en el Nueva York de 1948, expresa como pocas el desarraigo del exiliado. Después de un viaje a España se ha dado cuenta "de lo difícil y casi imposible que nos sería el volver a encontrarnos completamente a gusto allí y de lo imposible que nos será nunca encontrarnos a gusto en ninguna otra parte." Detectamos también comentarios sobre la vida secreta del escritor. Zenobia Camprubí informa sobre la relación de JRJ con el inglés: "No aprende ni quiere aprenderlo."

En la correspondencia de Pilar de Zubiaurre brilla su carácter atento a la transmisión y promoción de la cultura. El conjunto propicia una validación y reconocimiento de su persona. Es, sin duda, el sustituto de una obra literaria que no llegó a escribir. Por su atención a aspectos de la

vida secreta de tantos españoles ilustres de la Edad de Plata, a través del intercambio de información con las mujeres de estos, se crea un apasionante fresco de época, de esos aspectos menos conocidos e íntimos. Se confirma lo ya sabido o sospechado: la importancia de las mujeres en el mantener viva la circulación de información entre las diversas comunidades exiliadas y España. Una gran aportación para el conocimiento de los entresijos de un periodo fundamental de la cultura española. Un mapa de mapas, personal y colectivo.

Enric Bou  
Universit  Ca' Foscari Venezia

---

*Tiempos de ausencias y vacíos: escrituras de memoria e identidad*  
Deusto Publicaciones, 2010  
by Txetxu Aguado

In the first two sentences of *Tiempos de ausencias y vacíos*, Txetxu Aguado asks and answers the question that could easily undermine his entire study: “¿Produce cansancio la temática sobre la memoria y la identidad? Es inevitable afirmarlo” (11). With this in mind, one might reasonably ask, why write a book that seems to have been written many times before? Aguado is prepared with a rejoinder, of course, in which he lays out his plan as well as his justification. The book seeks difference, he argues, through the exploration of alternative memories and identities which have been confounded and often silenced by the traditional infrastructure of power in Spain. Aguado does not lay out explicitly how this authority has been sustained or precisely who stands behind it, though the hint of conspiracy among an amorphous “they” seems to uphold this base

of power—those who remain linked (and thus link Spain) to the old Francoist order and social systems.

Certainly a large degree of truth underpins Aguado’s assertions (both about the newness of his study and the old Spanish power structures), though what he proposes to examine—the esthetic representations of memory and identity, primarily in the 1990s through the first decade of the twenty-first century—falls closely in line with numerous other studies on memory and identity over the past several years. “Cansancio” aside, however, the question becomes whether what Aguado explores in the present opens the past to new ways of understanding how memory and identities can be defined and refined. On the whole, what emerges from Aguado’s book merits critical attention due in large part to the array of works included, which carry his analyses well beyond the canonical texts most frequently found in memory studies.

Aguado divides his book into two main sections—chapters one to six focus primarily on memory; seven to fourteen explore identity, though connections between the two concepts abound across chapters. In chapter one he lays out the theoretical and practical problems of discussing remembering and forgetting, with history wedged in between as a sort of disciplinary anodyne with its own subversive contradictions. Aguado synthesizes well and has a knack for pulling things from theory that are particularly relevant to postwar Spain and the Transition. He understands the contingencies of memory (related to remembering, forgetting, narrating, and agency, for example) and returns to this core idea with frequency. But it is memory in a particular context that most interests him as it relates to identity, and thus the critical question moves to the fore to shape his study: amid all of the memory narratives,

testimonials, histories, and political agendas, “¿Cómo y dónde construir la memoria de la democracia española, la memoria de una convivencia razonable?” (27).

Following a brief overview of the Transition (hope, disappointment, despair, desire—all in conflict), Aguado moves to what he really wishes to discuss: how to create memory (and rescue the forgotten) in a way that is able to resonate strongly in the present without slipping into a paralyzing melancholy; how to use memory to nourish the living (culturally, socially, existentially) and hold out justice to the victims of injustice. He then uses the next six chapters to scrutinize these issues in the work of several writers, drawing on a wide range of narratives from the 1990s through 2004. The breadth of his critical reach points to the strength and shortcoming of his method. Often times the brief journey through many works (four or five pages typically) allows for a mixture of plot summary and commentary in the tradition of “explicación de textos,” thus giving the book the feel of a reference work on occasion, especially for specialists in the field who are more intimately familiar with works than the casual reader. (I confess that this occurred in my own case, for example, with Aldecoa’s *Historia de una maestra* and Marias’s *Corazón tan blanco*, which I recently had taught and thus had freshly in mind. Hence what Aguado draws out of the two novels seemed quite ordinary.) On the other hand, Aguado’s reading encompasses such a broad band of texts that even the briefest discussion (such as with Luis Mateo Díez’s *Fantasmas del invierno* or two novels by Rafael Chirbes, *La larga marcha* and *La caída de Madrid*), and the inclusion of many lesser known authors, offers historical coverage that is unmatched by other studies of memory and identity. Hence, the terrain explored here is impressive in its own right

as a compendium as well as perhaps an unintended history.

In the second half of his study, Aguado devotes more intense scrutiny to fewer works, and it is here where Aguado shows himself to be an astute reader, grounded in an understanding of the complex and malleable nature of identity. In chapters seven and eight he examines various notions of identity, but sees the most useful definition linked to what he calls “local identity.” Though the term itself is complicated, and Aguado understands that it is entangled with certain paradoxes through overlap with diverse perceptions of identity, he envisions local identity as tied less to institutions and traditions of the nation/state than to the small events and repetitions of everyday living. These identities fluctuate and transform themselves, are non-hegemonic, and importantly, grow from self-definition through narration—that is to say, through the individual’s ability to tell one’s own story. I have only small quibbles with Aguado’s useful and intelligent discussion of identity: the absence of Muñoz Molina, for example, and his absolutely essential novel on identity, *Sefarad*; or the larger matter of how individuals are able to control their own story in larger social contexts that constantly seek to impose stories as a way of diminishing personal agency and identity. Still, the various chapters and sections that explore texts and authors as well as critical components of current and future identity-making (especially the discussion of immigration, multiculturalism, and internationalism), provide careful and thoughtful consideration of the vexing problems of identity that can be expressed in a variety of ways. Aguado incorporates a range of authors and texts in this section (Manuel Rivas, Suso de Toro, Julia Otxoa, Raúl Guerra Garrido, and Fernando Aramburu, among others) that extend beyond the